

EL NUEVO ESCENARIO POLÍTICO INTERNACIONAL

PORFIRIO MUÑOZ LEDO

EN EL BREVE TIEMPO de que dispongo quisiera ofrecer —como lo ha hecho Helio Jaguaribe— una visión a grandes trazos del escenario político internacional en el cual se inserta la acción de México y la de los países en desarrollo. Puesto que hemos escuchado previamente dos mensajes introductorios, no quisiera, sin embargo, dejar pasar las sugerencias contenidas en las intervenciones de Mario Ojeda y Víctor Flores Olea. Mario trajo a nuestra memoria los primeros y afanosos días de la formación del Centro, enmarcados en el proyecto de don Daniel Cosío Villegas y animados por su perenne juventud. Añadiría al respecto que el programa inscrito en el folleto, cuyos pasajes mas salientes hemos escuchado, se enriquecía y completaba con otro que emergía en la tertulia y en la confidencia.

Como profesor de El Colegio y como funcionario responsable de la educación superior, dialogué muchas veces con don Daniel sobre ese otro proyecto no escrito, orientado a la búsqueda de modelos innovadores para la formación de una nueva clase dirigente, académica, política y administrativa. No fue por azar, sino tal vez por designio, que los egresados del Centro desbordaran en su vida profesional el ámbito de la política exterior y se incorporaran a muy diversos campos de la actividad pública e intelectual. Veremos al final de esta presentación cómo, a mi entender, el esfuerzo por mantener y reafirmar la política exterior del país tendrá que librarse primordialmente en los años venideros mediante el fortalecimiento y ampliación de la democracia mexicana, según lo ha afirmado Flores Olea. Sin una genuina democracia, que corresponda a la evolución y a los desafíos actuales del país, difícilmente tendrá viabilidad nuestro proyecto nacional independiente.

Después de estas obligadas menciones desearía recoger las ideas centrales que, con su habitual brillantez, ha esbozado Helio Jaguaribe, en las que resumió los datos estructurales de la crisis internacional: parámetros y tendencias que ha descrito en recientes ensayos a los que, por economía de tiempo, no me referiré. Me parece evidente que en el tras-

fondo de este renovado y avasallador bipolarismo se esconde una reacción límite de los principales centros hegemónicos frente al multipolarismo real de la sociedad internacional contemporánea. No deberíamos engañarnos ante las coerciones económicas y políticas derivadas del conflicto entre el Este y el Oeste, sino observarlas en perspectiva y a la luz de la experiencia histórica, recordando que todo sistema de dominación se ha caracterizado en su fase final por un recrudescimiento de hegemonías y por la reafirmación autodefensiva de su predominio político y económico.

No quisiera detenerme en el análisis retrospectivo, pero sí anotar que al término de todos los grandes periodos se acusa un fortalecimiento del sistema de relaciones de poder prevaleciente a partir de los ejes de dominación que, de este modo, pretenden detener o retrasar el reacomodo de fuerzas que, dialécticamente, ese mismo periodo ha engendrado. En cualquier tiempo que consideremos esos momentos de rigidez tardía, generalmente expresados en formas decadentes de autoritarismo, son la respuesta a diversas modalidades de multipolarismo, fruto a su vez de los cambios que se han gestado durante el régimen que está por expirar y que anuncian nuevas formas de organización social.

Frecuentemente se cita como una característica central de la sociedad contemporánea la expansión gradual y la preeminencia de los modos de pensamiento y de vida occidentales, primero por efecto del colonialismo y luego por la supremacía científica y tecnológica, y por la penetración de los sistemas de comunicación que son portadores de esos valores.

Esta visión, parcialmente cierta, conduce no obstante a la simplificación y al error. Olvida, por ejemplo, el papel importante que están desempeñando antiguas culturas asiáticas, desde su propia política. Ignora, sobre todo, la otra cara del colonialismo, que es el mestizaje y la vigorosa personalidad de las nuevas culturas que han surgido de los movimientos de independencia durante los últimos siglos. Subestima, finalmente, la potencialidad de las revoluciones, de las creencias religiosas no occidentales, de los nacientes fundamentalismos y de las innumerables soluciones endógenas que se están encontrando en toda la vasta área de la marginación y que representan, en cierta medida, la negación de los marcos intelectuales dominantes. No es por casualidad que estemos viviendo en nuestros días, en todos los continentes y aun en potencias que son baluarte de los valores de Occidente, el renacimiento de minorías étnicas y culturales, el resurgimiento de regionalismos y la exigencia de formas de convivencia multinacionales y pluriculturales dentro de los estados nacionales.

No necesitaría detenerme en la consideración de los límites que la expansión de los modelos predominantes ha encontrado también en la esfera económica y en el hecho de que las formas de organización y distribución de bienes que derivan del pensamiento occidental han sido incapaces de incorporar las grandes mayorías de la población a los beneficios del progreso, lo que ha constituido un poderoso acicate para la búsqueda de soluciones distintas y autónomas e incluso para el “desligamiento o rechazo de los valores metropolitanos”. Todos los estudios son concluyentes en el sentido de que, independientemente de los problemas generados por la revolución demográfica, la naturaleza misma de las relaciones económicas actuales ha impedido la extensión de la prosperidad y la incorporación, como actores de la modernidad, de contingentes humanos cada vez más numerosos, al punto de que la marginalidad real sea hoy cualitativa y cuantitativamente mayor de lo que era hace cincuenta años. Estas fallas estructurales de los modelos hegemónicos, que durante mucho tiempo se pensó que se ampliarían gradual y firmemente en círculos concéntricos hacia la periferia, tampoco ofrecen la posibilidad cierta de afianzar las bases materiales para el predominio de una sola civilización o de algunas civilizaciones centrales.

Por lo que hace a la evolución de la sociedad política internacional durante los años recientes, habría que afirmar que en el trasfondo del renacimiento del bipolarismo se esconde una respuesta estratégica de las superpotencias a la pluralización real que ha ocurrido en el escenario mundial durante los últimos decenios, que representa el cambio estructural característico de la segunda posguerra mundial. No es sólo un dato numérico que más de cien países hayan podido mantener la independencia política durante ese periodo; no es tampoco un hecho secundario que los países del área socialista hayan podido mantener, no obstante su menor peso específico en el conjunto, una casi total autonomía política con respecto a las potencias occidentales, y asegurar el éxito relativo de sus concepciones económicas —entre otras razones, debido a la paridad nuclear que ha conservado la Unión Soviética con respecto a las potencias occidentales.

Tampoco es un hecho menor la afirmación de un creciente multipolarismo en la esfera de la productividad y de la evolución científica y tecnológica, representado primordialmente por la emergencia del Japón y la transformación concomitante del Sudeste Asiático, así como por la competitividad de la Comunidad Económica Europea. No es un hecho marginal de la historia la consolidación autónoma de la República Popular China y su excepcional capacidad de responder con permanentes innovaciones a los desafíos internos y externos. Tampoco se deberían

minimizar los avances de numerosos países en diversos continentes, tanto por lo que hace al desarrollo de su capacidad productiva y de su planta industrial como a su margen de maniobra internacional, lo que es evidente en América Latina, en la Cuenca del Pacífico y en el subcontinente asiático.

Podríamos concluir, en una primera aproximación, que la fenomenología actual de la política internacional parte de una decisión expresa del principal centro del poder mundial en el sentido de revertir, mediante la reafirmación de su predominio, esas tendencias multipolares e incluso igualitarias que se venían observando. Los temas centrales del discurso republicano en las elecciones norteamericanas de 1980, bastarían para ilustrar este hecho indiscutible, que después se ha venido corroborando por la práctica consecuente de esa doctrina. Resulta así que el escenario internacional de nuestros días se ve determinado primordialmente por la enérgica respuesta de una de las dos superpotencias frente a la amenaza que ese multipolarismo real representaba, según el criterio del grupo gobernante, para los "intereses vitales" de ese país y su propia fragilidad económica. Así, el reajuste de las relaciones internacionales que estamos viviendo no es, paradójicamente, sino fruto del empleo de una superioridad estratégica persistente para contener el deterioro del predominio de la trama profunda de la realidad.

Las negociaciones nucleares que se avecinan conducirán fatalmente a otra etapa de las relaciones internacionales, en la que tenderán a reducirse los privilegios actuales de las superpotencias y, por lo tanto, a introducirse nuevos equilibrios económicos y a establecer nuevas alianzas para el futuro. De ahí que el cambio de la correlación de fuerzas internas de los países sea hoy un objetivo primordial, y que la línea dogmática neoliberal adoptada en el bando occidental sea una componente esencial del proceso. No sin razón, un agudo observador ha notado que el cambio más importante en el escenario mundial desde 1980 es que antes había una superpotencia dogmática y ahora existen dos. El proyecto estratégico al que me refiero fue acicateado por la conciencia de vulnerabilidad de las superpotencias, que se hace patente a finales de la década anterior. Recordemos, por ejemplo, que durante 1979 se suceden el triunfo de la revolución iraní, la llegada al poder de los sandinistas en Nicaragua, la toma de los rehenes norteamericanos y los acontecimientos que desembocarían en la invasión de Afganistán. De modo prácticamente simultáneo conflictos regionales y guerras localizadas llegan a las fronteras de las superpotencias, afectando zonas contiguas e intereses visibles y generando reacciones paralelas en la opinión pública y en los centros de decisión de las dos naciones más poderosas.

En estricto rigor, los hechos a que aludo no representan por sí mismos cambios fundamentales en la estructura de las relaciones internacionales, ni entrañan peligros graves para la seguridad de las superpotencias, pero sí ponen de manifiesto la existencia de procesos acumulativos de cambio. Sirven, además, para alarmar la conciencia pública de esos países y son manipulados como recursos propagandísticos para justificar nacionalismos extremos. De la hipótesis de la humillación sufrida, se pasa a la legitimación del uso abusivo de la fuerza. La tesis que quisiera dejar asentada es que el nuevo dogmatismo que padecemos no es sino el instrumento clave de una de las superpotencias para ensanchar sus márgenes de acción ante la inminencia de las negociaciones en la cumbre entre el Este y el Oeste. Ha constituido un método privilegiado para afirmar el poder interno del gobierno de Reagan y ocultar una política económica muy deficitaria e inequitativa, así como para imponer a los demás reglas de juego que permiten el subsidio de la paridad nuclear y propenden al debilitamiento de los proyectos y las defensas nacionales de los otros estados.

Por su naturaleza, esta avalancha dogmática lleva implícita su propia destrucción, aunque subsistan los intereses geopolíticos en los que se fundamenta. El globalismo unilateral característico de nuestros días tiene como asidero primordial la supremacía nuclear y el control de los instrumentos financieros, por lo que su vigencia está limitada temporal y espacialmente a una aguda bipolaridad que tenderá gradualmente a reabsorberse. Por otra parte, los esquemas neoliberales no han resultado funcionales, ni ofrecen salida alguna a los países en desarrollo en que han tratado de aplicarse. La extensión del llamado socialismo real a otras regiones no parece, a su vez, una alternativa asequible en un horizonte previsible de tiempo.

La articulación de las relaciones económicas internacionales en que se sostiene la tensión bipolar está acorralando a numerosos países que, como los de Latinoamérica, sufren retrocesos de decenios en sus niveles de vida. Si las tendencias actuales prosiguieran, arriesgaríamos profundas convulsiones sociales que no podrían ser dominadas siquiera por fórmulas tradicionales de despotismo. No es posible mantener durante largo tiempo un sistema de transferencia de recursos de la periferia hacia un solo centro de poder mundial, porque ello agudizaría un proceso de pauperización que erosionaría gravemente a los estados nacionales, sin la posibilidad de optar por otros esquemas de organización política y económica en un plazo razonable. Cada año que la irracionalidad implícita en el modelo actual se prolonga, se acrecientan los desequilibrios globales de la economía, principalmente la disparidad entre los montos

de financiamiento exterior requerido y la posibilidad de cubrir las deudas mediante la ampliación del comercio internacional. Se ahondan, igualmente, el envejecimiento y desocupación de la planta industrial frente a la disminución de la demanda efectiva necesaria para su utilización.

Pero más allá de las contradicciones insalvables del modelo prevaleciente está el hecho de que se funda en el predominio de una economía cuyos desequilibrios internos son difícilmente sostenibles, que está diseñado para alimentar los extremos de una carrera armamentista cuyo declive habrá de comenzar en los próximos años. En las negociaciones recientes de los siete países más industrializados de Occidente, ha sido claro, aunque no explicitado ante la opinión pública mundial por razones estratégicas, que hay un plazo perentorio para iniciar el desarme y revertir los desequilibrios globales de la economía, exacerbados por la competencia nuclear.

Un modelo sustentado en el enorme déficit fiscal de la potencia dominante y en las elevadas tasas de interés que succionan recursos del resto de las economías, no es viable para los propios aliados occidentales. Cuando me correspondió representar a los países en desarrollo en la promoción de las negociaciones globales, pude advertir este hecho en las altas esferas de decisión de las naciones capitalistas, de las que nunca escuché un "no", sino un "todavía no", a nuestros planteamientos de reordenación económica. La cuestión de la deuda externa, que sólo trataré de paso en esta ocasión, está agotando, además, el plazo a que me refiero. Se está llegando a un punto límite de las relaciones económicas entre los países acreedores y los deudores, y a un alto nivel de peligrosidad para el equilibrio del sistema financiero internacional, que corre el riesgo de un colapso si no se corrigen las tendencias actuales. El problema de la deuda no sólo es hoy el eje de todo debate político consciente, sino es también el detonador que obliga a modificar las pautas de comportamiento internacional de los países en desarrollo y el conjunto de las relaciones económicas entre los estados. Más allá del discurso, la carga de la deuda nos coloca en la necesidad de replantear nuestra posición frente a las metrópolis financieras y de reordenar nuestro proceso económico interior. La creciente acumulación de saldos financieros no cubiertos nos otorga, asimismo, una capacidad de negociación real frente al exterior, que nunca habíamos poseído.

Escritos recientes en revistas especializadas del extranjero aluden, en el caso de México, a una pérdida de prestigio acompañada de una disminución de nuestros márgenes de negociación. Lo contrario es cierto, la aptitud potencial para hacer valer nuestros derechos e intereses es en verdad considerable, y por ello es que, en gran medida, se nos agrade

y calumnia. No cabe duda que, si bien la conversión de una crisis petrolera en una crisis financiera —y ahora la articulación de ambas— nos ha hecho más vulnerables en el corto plazo, acrecienta también de modo sustancial la vulnerabilidad de nuestros acreedores y de nuestros consumidores de hidrocarburos. Por medio de un planteamiento lúcido, sereno, firme y concertado en ambos frentes, podríamos revertir nuestra posición y abrir paso a negociaciones efectivas en otros campos de la economía internacional. Del adecuado manejo de estas dos variables depende por ahora la reanudación del diálogo Norte-Sur y la viabilidad de nuestros proyectos nacionales de desarrollo. La oportunidad y energía con que procedamos dará, a su vez, la medida del grado de dependencia o de autonomía con que habremos de enfrentar el reacomodo mundial de fuerzas en ciernes.

El empleo de esa capacidad de negociación se vuelve además impostergerable por el acoso de las presiones internas. La parálisis de la planta industrial, la concurrencia de la inflación y la recesión, la desnacionalización de las economías, las estrecheces del gasto público y el deterioro del empleo y del nivel de vida de las mayorías, afectan la totalidad de las relaciones sociales y ponen en juego las alianzas nacionales en que se funda la estabilidad de muchos países. Los problemas derivados de la imposición de procesos de ajuste unilaterales y de infecundos dogmas neoliberales tienden a incorporar a las clases altas de la sociedad a los espejismos metropolitanos, mediante la fuga de capitales, el privilegio del rentismo y el desaliento empresarial; disocian claramente a las clases trabajadoras y a los estratos medios de los proyectos nacionales que dejan de satisfacer sus expectativas, y amenazan con reducir los sistemas políticos a meras superestructuras desprovistas de sustrato popular. Los procesos de ajuste, llevados al extremo, terminarían excluyendo de los consensos nacionales prácticamente a todas las capas de la población, cuya incorporación al progreso había sido característica de los periodos de expansión. Cuando ningún sector ni actor del proceso productivo se sienta solidario del modelo económico, y éste haya dejado de ser remedio pasajero para convertirse en permanente, la viabilidad de los sistemas políticos estará en entredicho.

Me parece por ello que una de las aportaciones más relevantes que puede hacerse en nuestros días a toda reflexión sobre política exterior es el análisis de las condiciones y de las fuerzas internas en las que se sustenta. Sin que lo anterior prive de su autonomía relativa a la conducción de los asuntos exteriores, es incuestionable que cuando un proyecto nacional explícito ya no correspondiera al proyecto efectivamente prosseguido, las relaciones exteriores de un país cambiarían en su contenido

real, con mengua sensible de las posiciones independientes anteriormente asumidas. El mantenimiento de la cohesión interna y la vitalidad del nacionalismo como expresión de un proyecto de vida deseable, compartido por todos, se vuelve condición irremplazable para la ejecución de una política exterior compatible con los grandes principios de la convivencia internacional. A partir de esa premisa, deberían ensayarse fórmulas novedosas de vinculación entre los estados y las economías, que ampliaran los espacios para el desarrollo y fortalecieran nuestras posiciones frente a los países industrializados. Me refiero, en particular, a las aplicaciones prácticas de la cooperación Sur-Sur esbozadas por Helio Jaguaribe.

Las propuestas de complementación entre naciones en desarrollo deberían pasar del discurso parlamentario a la acción concreta, eludiendo las trampas de imposibles unanimidades y de universalismos inalcanzables. Se trataría de vincular efectivamente, mediante proyectos concretos y empresas específicas, a países con intereses reales en común, en los planes regional e interregional. El carácter selectivo de estos programas permitiría una rigurosa jerarquización de prioridades y aseguraría el compromiso operativo de los estados y de los sectores productivos involucrados. Las experiencias latinoamericanas podrían extenderse gradualmente a otras áreas en desarrollo, vía mercados, proyectos industriales conjuntos o mecanismos de cooperación científica y tecnológica.

Vivimos un tiempo en que todos requerimos replantear nuestras alianzas y vinculaciones a partir de nuestras propias necesidades y aspiraciones. Lo demás sería aceptación sumisa de las inercias y las aparentes facilidades de la dependencia. Unos son, por ejemplo, nuestros aliados naturales en el problema de la deuda, otros en la defensa de los precios del petróleo y otros más en el resguardo de la integridad territorial o de la identidad cultural. Las posibilidades de frentes y compromisos de interés mutuo son prácticamente ilimitadas si se pierde el temor atávico a participar en tareas conjuntas y en organismos constituidos precisamente con esos propósitos. Los años por venir pondrán a prueba la templanza de las naciones y la consistencia de sus creencias colectivas. Las que se cierran a la innovación política perderán las pocas opciones que subsisten para el acceso a una modernidad genuina. Se abrirán sin duda sus economías pero se debilitarán, de manera concomitante, sus vinculaciones nacionales, y se clausurarán tal vez, por algún tiempo, sus procesos democráticos.

Las respuestas autoritarias a la crisis no serían sino el reflejo mecánico de un globalismo centralista que preconiza, paradójicamente, la democratización del mundo. La liberación de los impulsos creadores de

nuestras sociedades, en la práctica de la descentralización y del pluralismo, sería en cambio la alternativa válida para rescatar el vigor de los estados nacionales. Las sociedades políticas autoritarias tuvieron ya su tiempo en América Latina y sirvieron en sus mejores versiones para encauzar pacíficamente importantes procesos de transformación. No podríamos, sin embargo, a estas alturas de la historia, anclarnos en el anacronismo político, prolongando sistemas de relación que se han degradado por el ejercicio oligárquico del poder y ya no cumplen siquiera su deber de proteger los intereses nacionales frente al acecho extranjero. Basta ría observar que en nuestra región los países que están haciendo frente —con mayor éxito y más altos niveles de consenso— a la crisis, son precisamente aquellos en los que han aflorado impulsos más intensos de democratización social y participación popular. Cuanto más rehusemos una genuina apertura democrática, cuanto más nos empeñemos en mantener rutinas desgastadas y rigideces ideológicas que desembocan en modalidades autoritarias del poder, menos podremos reafirmar las alianzas nacionales y mayores serán los peligros para la unidad del país y para la preservación de su soberanía.

La conclusión natural de estas palabras sería recordar nuevamente el proyecto implícito de Daniel Cosío Villegas al crear el Centro y decir que los profesionistas de las relaciones internacionales habrán de bregar en la batalla interna de la democracia para mantenerse leales a sus principios, ya que el futuro de nuestra política exterior habrá de decidirse en el ámbito de nuestra política interior. He ahí la tarea inmediata.

Comentarios

Creo que es muy difícil comentar o añadir cualquier cosa, independientemente del lapso concedido, a lo que han dicho tan brillantemente Helio Jaguaribe y Porfirio Muñoz Ledo, de manera que no pretendo sino retomar algunas de las cuestiones que me han impresionado más y dejarlas aquí como meros planteamientos.

Debo decir que estoy de acuerdo con Helio en el sentido de que América Latina vive hoy una importante etapa de signos terriblemente encontrados. Helio nos hablaba del avance de la democracia en América Latina y eso es innegable; uno de los últimos números de la revista *Newsweek* presenta dos mapas de América del Sur, uno de 1975 y otro de 1985, y la diferencia entre ambos es impresionante: en 1975, lo que predomina son las dictaduras y los regí-

menes militares, mientras que en 1985, salvo dos excepciones, Chile y Paraguay, el resto del mapa sudamericano es, predominantemente, un mapa democrático. Frente a ese avance en la democracia al que Helio Jaguaribe se refería, el problema más importante que actualmente enfrenta América Latina tal vez sea el acelerado crecimiento de su enorme deuda externa, no sólo por su carga económica y financiera, sino también por el impacto que sobre el sector social tienen los programas de ajuste que se ven obligadas a adoptar las naciones latinoamericanas para poder tener acceso a nuevos recursos, tanto para pagar lo adeudado como para contar con los fondos adicionales que su desarrollo siempre ha exigido.

Estoy también de acuerdo con la cuestión señalada por Porfirio, aunque creo que vale la pena insistir en ella. Se trata del hecho de que, si bien la deuda tiene esta cara amenazante, que pone en peligro el afianzamiento de la democracia en nuestros países, puede servir también como elemento de cohesión importante entre ellos. Una de las cuestiones que siempre me preocuparon fue cómo América Latina, ó por lo menos algunos de nuestros países, perdió en 1982 una oportunidad histórica de transformar en un aspecto positivo esta doble cautividad en la que hemos vivido deudores y acreedores, de modo que los principales deudores de América Latina pudieran negociar mejor con sus acreedores. No se trataba entonces de plantear ningún cártel, ningún sindicato, ningún club de deudores. Simplemente, se debían haber hecho planteamientos que habrían de esperar en el tintero por lo menos dos años antes de ser sacados a la luz por la CEPAL, por el SELA, por distinguidos intelectuales, por el propio Helio Jaguaribe, por profesores y colegas nuestros.

Ese aspecto positivo que puede tener la deuda externa como elemento de cohesión, ha quedado de alguna manera recogido en, por lo menos, una instancia muy clara: el llamado Consenso de Cartagena, en cuyo auxilio, de una manera u otra, se han sucedido todo tipo de declaraciones, desde las de Fidel Castro hasta las de Alan García. Es cierto que no todas las posiciones de los 11 países involucrados en el mencionado Consenso de Cartagena son iguales. Existen, obviamente, diferencias y matices importantes, pero eso no impidió que saliera a la luz recientemente ese documento valioso, que es la Declaración de Montevideo, que muestra la riqueza que, en términos de elemento cohesionador, puede tener la deuda externa.

En el marco de ese espacio que hoy se abre para acciones concertadas en América Latina, sobresale otro ejemplo: la LATINEQUIP. Esta empresa productora de bienes de capital, integrada por Argentina, Brasil y México, busca concretar hoy lo que parecía un sueño en los años sesenta, cuando en América Latina empezó a cobrar fuerza la idea de la integración económica, que si bien no resultó siempre como sus creadores pretendían, dejó sin embargo valiosas experiencias, hoy recogidas en ese nuevo concepto de concertación e integración que LATINEQUIP representa y que habrá sin duda de ganar importancia.

Helio se refería también a la concertación regional más allá de lo económico; habló de la concertación política de la que Contadora, con todas las dificultades por las que actualmente atraviesa, es un ejemplo novedoso. Conta-

dora no sólo logró concertar la voluntad de los cuatro países que integran el Grupo; atrajo, además, a cuatro importantes democracias en la América Latina. Helio Jaguaribe se refería a la importancia de tres de ellas, la argentina, la brasileña y la uruguaya; también la presencia del Perú de hoy puede tener un impacto ciertamente positivo.

¿Qué conclusión se puede obtener, pues, de estos acuerdos fundamentales, con lo expuesto tanto por Helio Jaguaribe como por Porfirio Muñoz Ledo? Mi impresión es que parecería que América Latina tiene que continuar ensayando esos esfuerzos de concertación. Es cierto, la concertación no puede ser todavía general. Helio lo dijo en las mejores palabras: la concertación está siendo selectiva, y es selectiva por temas, políticos o económicos; por países, como se desprende del hecho de que no todos los países están en Contadora, ni en el Grupo de Apoyo, ni en el Consenso de Cartagena; y, finalmente, por sectores, como es el caso de LATINEQUIP. Quedaría solamente añadir, en ese sentido, la necesidad de consolidar esos esfuerzos y complementarlos con aquellos otros que se han dado en América Latina, para incrementar las relaciones y contactos —por ejemplo, en el campo comercial, a través de una instancia tan antigua como el trueque, que permite ahorrar esas divisas que tan escasas resultan para nuestros países en estos momentos. Estoy convencida y creo, junto con Porfirio Muñoz Ledo, que sólo a partir de la continuación de estos esfuerzos podremos afianzar, crear, consolidar las bases reales, las materiales, las contantes y sonantes, de un proyecto autónomo, soberano, latinoamericano, mexicano, brasileño, cualquiera que éste sea.

Creo que, sin embargo, es importante que recuperemos en el análisis de lo latinoamericano, una variable de gran relevancia: Estados Unidos. Es indispensable estudiar hasta dónde puede esa nación convivir con un creciente poder negociador latinoamericano, generado a partir de estas concertaciones selectivas; hasta dónde puede Estados Unidos sentir que nuestro proyecto integracionista es compatible con el proyecto norteamericano para la región y, concretamente, para el propio Estados Unidos. Hace muy poco tiempo, Porfirio Muñoz Ledo y yo estuvimos en un seminario donde se decía una cosa muy dura pero que es también muy cierta, que Estados Unidos jamás ha estado comprometido con el avance de la democracia en América Latina, que no es parte de su interés nacional, no lo ha sido nunca, e incluso, en ocasiones —lo hemos visto recientemente en el caso de Nicaragua y antes en los de Chile, Cuba o Guatemala— sus acciones se han interpuesto más bien como un veto para el avance del proceso democrático en la región. ¿Cómo conciliar entonces el avance del proceso democrático en nuestros países, el afianzamiento de las bases materiales de este proyecto independiente, soberano, autónomo, con la vocación predominantemente hegemónica norteamericana?

Sólo me resta decir que estoy de acuerdo con Helio y con Porfirio en la necesidad de profundizar en el análisis de los costos que para la potencia hegemónica puede tener el mantenimiento de ese modelo que ellos quieren, y tratar de utilizar las conclusiones que se obtengan para impedir su implantación. Porfirio Muñoz Ledo ponía un ejemplo muy claro sobre el que quiero insistir.

En un momento determinado, cuando en México se estableció un férreo control sobre sus importaciones, por sus problemas de balanza de pagos, esto tuvo una repercusión necesariamente costosa sobre un sector de la economía norteamericana, aquel que nos exporta bienes; no solamente bajan las importaciones norteamericanas cuando nosotros no les compramos, sino que esto tiene un impacto sobre el empleo en Estados Unidos, en las industrias de exportación; esto puede ilustrarnos sobre la capacidad que, voluntaria o involuntariamente, tenemos de herir la economía de esa gran potencia. Profundizar pues en los costos, cualquiera que sea su magnitud, que para la gran potencia tiene el mantenimiento de ese modelo tradicional en México, es una tarea a la que debemos dedicar atención y esfuerzo.

ROSARIO GREEN

Realmente sería muy difícil recoger la mayoría de las ideas que han sido expuestas aquí, todas ellas muy interesantes. Me gustaría hacer hincapié en uno de los aspectos más sugerentes de las exposiciones de Helio Jaguaribe y Porfirio Muñoz Ledo: el tema de los cambios del escenario internacional, cambios que indican que el multipolarismo de los años setenta está llegando a su fin y que la tripolaridad tiende a imponerse nuevamente.

La evolución del sistema internacional no ocurre sin dificultades; la desaparición del multipolarismo no se está llevando a cabo con fluidez, sino que el restablecimiento de la bipolaridad se está produciendo de manera brusca y por convulsiones, porque este proceso genera enormes resistencias que se oponen al replanteamiento del esquema de poder que rigió el orden internacional durante los años cincuenta. Creo que, contrariamente a lo expuesto por el maestro Muñoz Ledo, desafortunadamente esta evolución no significa el fin de una hegemonía; el proceso internacional actual no parece manifestar la rigidez propia de la decadencia terminal del imperio ni muchísimo menos; lo que me parece es que, de nuevo, el equilibrio estratégico militar prevalece por encima de cualquier otro en la explicación fundamental de la dinámica internacional y como base de la estructura de poder mundial. No deja de ser desalentador que ese equilibrio sea también el único factor que presta coherencia a las relaciones internacionales; la identidad de los adversarios, que siguen siendo fundamentalmente los mismos, es el único dato más o menos constante que se ha mantenido en los últimos cuarenta años. Entonces, a diferencia de lo que ocurrió durante los años de la *détente*, actualmente estamos en una situación en la que el poder económico y las fuentes de negociación que sustenta han perdido importancia frente a la fuerza militar.

Es evidente que estas circunstancias limitan en forma considerable el margen de maniobra y de negociación de los países que no tenemos una capacidad militar semejante a la de Estados Unidos o la Unión Soviética.

Pero los países subdesarrollados no son los únicos que se ven afectados por este renovado predominio del factor estratégico y militar como centro del equilibrio internacional, también los países industriales enfrentan grandes dificultades para concertar su política con la del aliado norteamericano. Me cuesta mucho trabajo pensar que —como señala el maestro Muñoz Ledo— efectivamente puedan ponerle un “hasta aquí” a los norteamericanos, porque el “hasta aquí” de los aliados occidentales llega hasta donde lo permite el equilibrio con la Unión Soviética, límite que no está determinado por los miembros de la Alianza Occidental. De manera que las dificultades que se oponen a la concertación entre Estados Unidos y los países de América Latina, que aquí fueron mencionadas, también se presentan en el caso de los aliados occidentales. En estos momentos los europeos tratan, de alguna manera, de defender los espacios que conquistaron durante los años de la *détente*, y que ahora los norteamericanos pretenden recuperar.

Por esta razón, entre otras, entre los aliados occidentales han surgido divergencias muy grandes en el tratamiento de problemas políticos que pueden ser de interés para todos. Es el caso, por ejemplo, de las cuestiones del Medio Oriente, desde luego del área centroamericana, que se traducen en la falta de coherencia en el comportamiento de los aliados occidentales. En estos momentos, el único factor que podría jugar el papel de precipitador eficaz de la cohesión de estos aliados es una amenaza nuclear; en esa medida, creo yo, que nos encontramos en una situación similar a la de los años cincuenta.

Por otro lado, pienso que también sería importante hablar de algunos elementos distintos de los que aquí se han mencionado, pero que también son parte de las modificaciones que ha sufrido el escenario internacional; me refiero a los nuevos actores que han aparecido en los últimos años. Aquí se habló de los fundamentalismos, se habló de las sociedades multiétnicas, del desafío de los multinacionalismos dentro de los estados nacionales. Creo que también es importante considerar el impacto que tienen estos nuevos actores, que lo son, sobre la dinámica internacional. En los últimos quince años han desarrollado enorme alcance y significado, entre otras razones porque ni su aparición ni su comportamiento habían sido previstos, y en consecuencia tampoco habían sido considerados dentro de las estructuras tradicionales de normatividad de las relaciones internacionales y de regulación de conflictos. Incluso hasta la fecha persisten estos desajustes, sin que se haya logrado integrarlos dentro de mecanismos y patrones establecidos de interacción. Creo que éste es otro elemento que contribuye a la inestabilidad del escenario internacional, para el que tampoco se ha logrado definir una política concertada, ni se ha llegado a un acuerdo en cuanto a cuál es el tipo de tratamiento que habrá de dársele a estos problemas que han surgido y que parecen agravarse.

Tenemos, entonces, que el paso que algunos quieren forzar del multipolarismo a la bipolaridad crea tensiones que no se explican sólo en términos económicos, en la medida en que este multipolarismo no nace del fortalecimiento económico de los diferentes países, como ocurrió con los países europeos durante los años sesenta y setenta. La capacidad de acción de los nuevos actores

internacionales y su existencia misma no están condicionadas solamente por objetivos económicos y ni siquiera se apoyan en el poderío económico; su razón de ser y su fuerza permiten objetivos políticos que condicionan su comportamiento y llevan a una enorme inestabilidad del escenario internacional. Creo que éste es uno de los desafíos más importantes que ha enfrentado el mundo en los últimos años, y que habrá de enfrentar en los años por venir. A ello se agrega la voluntad hegemónica del gobierno de Estados Unidos, misma que, en caso de persistir, provocaría nuevamente la reacción de la Unión Soviética para resistir esta arrogancia del poder, de modo que nos encontraríamos en una situación similar a la de los años cincuenta, agravada por las resistencias que se han creado durante los años de la *détente* y por la conducta errática de nuevos actores internacionales.

Siento mucho no compartir algunos de los puntos más optimistas que han sido expuestos, pero sigo pensando que en la medida en que la variable estratégico-militar siga siendo la base del equilibrio de las relaciones internacionales, también seguirá siendo el obstáculo central a la concertación Sur-Sur, Norte-Sur y Este-Oeste que será gravemente afectada.

SOLEDAD LOAEZA

Soy la tercera persona en decir que es muy difícil hacer comentarios relevantes a lo que se ha dicho con tanta lucidez esta mañana. Como funcionario internacional, mi territorio, mi campo de acción, son las Naciones Unidas, específicamente, la demografía internacional. Hablaré entonces sobre el tema de la evolución demográfica, que, considero, sigue siendo un reto a la política y a la comunidad internacional.

Es una opinión generalizada que las Naciones Unidas se han reducido a un foro de debates estériles, inútil para el verdadero quehacer de las relaciones internacionales, que desde el conflicto de Corea ha sido víctima de los vaivenes de la guerra fría y ha dejado de ser un actor dinámico en la escena mundial. Especialmente en la prensa estadounidense, y en no pocos medios europeos, se considera a las Naciones Unidas como un club de países pobres influidos en sus votos —antagónicos a los intereses occidentales— por el bloque soviético.

Se acepta que el sistema de las Naciones Unidas ha sido útil en los campos humanitario, cultural, técnico y de cooperación para el desarrollo, pero también se acusa de ineptitud administrativa a muchos de sus organismos especializados (la UNESCO, la FAO, la OIT). No voy a poner en tela de juicio estas aseveraciones, pero creo oportuno sugerir una visión alternativa, basada en la labor que han realizado las Naciones Unidas en materia de demografía. En esta materia, la organización ha sido capaz de insertarse en una controversia ideológica, neutralizar posiciones e interpretaciones negativas que existían al respecto, crear un consenso general sobre su significado y movilizar los me-

dios necesarios para la aplicación de medidas que, en última instancia, pudiesen tener efectos tangibles y, a mi manera de ver, positivos y benéficos para el bienestar humano, que recogen los objetivos originalmente establecidos por la comunidad internacional.

Durante siglos, la población humana encontró su propio equilibrio homeostático, por el número de personas fallecidas o procesos de migración. Las pestes, desastres naturales, guerras, etc., y el comportamiento biológico y reproductivo del ser humano, mantenían ese equilibrio. En la época moderna, a partir del siglo XIX, la ciencia irrumpe en ese equilibrio natural, reduciendo lentamente la mortalidad y causando un exceso de población sobreviviente, junto con un crecimiento acelerado de la misma. De ahí surge el pánico por la explosión demográfica que prevaleció en ese siglo a partir de los años treinta, cuando este crecimiento acelerado se hizo notar también en los países en vías de desarrollo. Ese pánico alarmista, principalmente en la prensa de los países capitalistas, no desagregaba el crecimiento demográfico ni por regiones geográficas ni por sectores sociales, pero hay que admitir que tuvo un fuerte impacto en los círculos de poder de muchas naciones y organismos internacionales. Surgen entonces varias corrientes de pensamiento al respecto: la neomalthusiana, que atribuía, en gran parte, la miseria humana y el subdesarrollo al factor poblacional, además de que proponía soluciones netamente antinatalistas a esos problemas y la corriente de izquierda marxista, en unión inverosímil con la corriente dogmático-católica y de otras religiones, que suscribía una solución pronatalista, afirmando que el desarrollo en sí era el mejor anticonceptivo.

Con ese debate ideológico en su punto candente, las Naciones Unidas entran al escenario. Eran momentos de bloques geopolíticos bien definidos y de álgida retórica anticomunista, en un ambiente de guerra fría cuyo léxico también incluía la noción demográfica como factor pro o antidesarrollista. El secretario general de la ONU es instruido en esos años, por una mayoría de países en la Asamblea General, para tomar medidas dirigidas a la creación de una oficina técnica capaz de estudiar y recomendar objetivamente las medidas socioeconómicas y políticas que pudiesen reducir las presiones demográficas y sus aparentes correlarios sociales, especialmente en Asia, pensando en India, China, Indonesia y otros países de alta densidad demográfica.

Con su acostumbrada neutralidad, la ONU entra en este proceso e introduce un concepto de planeación demográfica, no como una solución *per se*, sino simplemente como un elemento adicional que pueda facilitar y acelerar el desarrollo económico. Esta postura de neutralidad de la ONU se fortalece en los años sesenta, cuando el control demográfico, especialmente en sus aspectos de regulación de fecundidad individual, se convierte en un derecho humano fundamental. Esto la ayuda a extraer el tema demográfico de su contexto ideológico y a hacerlo más aceptable para un mayor número de países de diversas tradiciones culturales y organización política. En Teherán en 1965, se ratifica el derecho a que cada pareja o mujer tenga los hijos que desee; se insta a los estados a facilitar información y métodos para alcanzar este objetivo.

A partir de los años sesenta, con el apoyo de las conferencias mundiales

de Bucarest (1974) y México (1984), que produjeron el mencionado consenso, se nota una marcada reorientación de estrategias. Se pasa de un enfoque más bien "vertical" del control demográfico (medidas de intervención farmacéuticas y quirúrgicas) a una visión demográfica más "horizontal" (que trata de combinar y de relacionar el elemento poblacional con otros factores socioeconómicos). De ahí se deriva el logro de un programa que combinaba estas dos soluciones. Se produce paulatinamente una caída de la tasa de natalidad y del crecimiento demográfico. Este descenso, obviamente, no ha sido universal. Sigue habiendo áreas de alto crecimiento, como África, Centroamérica y el Pacífico. En cambio, hubo fuertes caídas en toda Europa y China, cuya política, hasta la época de Mao Tse Tung, era totalmente opuesta a cualquier tipo de control de fecundidad. En India, la agresiva aplicación de programas de control demográfico causó la primera expulsión del poder de Indira Gandhi y México, con la inesperada adopción de una política de población en 1974, pasó de un país formalmente pronatalista a uno marcadamente antinatalista.

Los resultados de este proceso se ven en el dramático descenso de la tasa de fecundidad de crecimiento en todas partes. Éste podría ser un buen final de mi relato: la ONU ha desempeñado un papel exitoso en este descenso y todos quedan satisfechos con los avances logrados. Sin embargo, conocemos también las inesperadas ironías del pensamiento humano: lo que un día se considera un éxito, al día siguiente es un mal. El éxito de una medicina contra un malestar determinado puede generar enfermedades antes desconocidas y de mayor gravedad. Al ocurrir mundialmente los descensos en el crecimiento demográfico, se pensaba que se había cerrado el círculo de la evolución demográfica con un equilibrio prometedor para el futuro inmediato. Sin embargo, los políticos y los administradores de programas no habían previsto la posibilidad de una cuarta etapa de la transición demográfica, en la cual la estabilización de las tendencias demográficas se convertiría en un crecimiento negativo; es decir, decreció la población, menos jóvenes entrando a la pirámide demográfica y más ancianos fueron quedando en ella por el aumento progresivo de la esperanza de vida.

Eso nos hace prever que el modelo occidental que estamos siguiendo tendrá las mismas consecuencias sociales del *impasse* que sufren hoy países como Francia, Dinamarca, Alemania, Suecia, etc. Una vez que se consolida la reducción de nacimientos es muy difícil revertirla. Por más premios e incentivos que se otorgan para el aumento de la fecundidad de los matrimonios, no se consigue un número de nacimientos suficiente para conservar estables las dimensiones de su población. Las consecuencias en cuanto a la distribución del gasto público y la producción se conocen ampliamente: una reducida población económicamente activa que necesita de la importación de mano de obra extranjera (como pasa en Europa), sistemas de seguridad social en bancarrota, necesidad de más asilos, hospitales, etc., al mismo tiempo que la capacidad productiva disminuye. En este conjunto de factores, no hay que olvidar las consecuencias políticas que conducen a tendencias conservadoras, proteccionistas y de intolerancia racial.

En los países del Tercer Mundo, dependiendo en qué etapa se encuentra su desarrollo, las características de esa cuarta etapa son levemente distintas. Cuando llega a ocurrir la mencionada consolidación, los problemas sobresalientes paulatinamente serán, y en ciertos casos ya son, los de una estructura poblacional excesivamente joven, que requiere de planeación del empleo para poder enfrentar el futuro y reducir el desempleo actual, lo que no es posible sin mayor endeudamiento con el exterior. En segundo lugar, habrá una distribución poblacional caracterizada por extremos de dispersión rural y concentración en ciudades primarias.

Aunque se haya transformado fundamentalmente el problema demográfico en estas últimas décadas, soy de la opinión que las Naciones Unidas pueden seguir enfrentando el reto con renovada imaginación y vigor. Ya empezaron a hacerlo con la búsqueda de nuevas aportaciones y metodologías de trabajo. Recientemente, las Naciones Unidas autorizaron un estudio con el Instituto Tecnológico de Massachusetts sobre las implicaciones políticas del cambio demográfico. Cambios en la estructura y composición demográficas, como los que recientemente hemos mencionado, sí contienen elementos que pueden inducir conflictos locales e internacionales, especialmente cuando éstos son provocados por las presiones sobre recursos escasos y mal distribuidos. En vista del aumento de conflictos bélicos locales, esto podría ser un tema de interés que permite una relevancia más tangible de las técnicas de la ciencia demográfica en la solución de tensiones internacionales. El que se interese por el estudio de esta disciplina, entrelazándola con una profundización de su entendimiento de las relaciones internacionales, será, a mi manera de ver, el tipo de profesionalista nuevo que puede encontrar un sitio idóneo en organismos internacionales dedicados a trabajos demográficos en busca de la paz.

WILLIAM VISSER